

nores, ya placeres, ese es el más tenido y considerado. Y esto será efecto de la común corrupción humana, pero es ley de la vida de los hombres, y sobre todos esos intereses está el amor a la propia vida que radica en el tan espontáneo y natural instinto de conservación.

He aquí por qué, mis venerables sacerdotes, es tan admirado el que se olvida de la avaricia de los bienes terrenos, el que abandona el camino de los honores, el que sacrifica los más lícitos afectos del sentimiento, y cuando sobre esta triple inmolación del apetito sensible se consuma el sublime holocausto de la propia vida, entonces el heroísmo sobrepuja toda medida natural y el hombre se hace superior a sí mismo. Pero hay todavía dentro de este heroísmo dos aspectos: el de los que dan su vida por su propia gloria y el de los que ofrecen el testimonio de su sangre por la gloria de Dios.

Morir por sí mismos es morir como el avaro que sucumbe por no gastar en alimentarse o por no pagar al médico que lo podría curar o por hacer negocios en los que hay grandes peligros: esto es bajeza. Morir por una enfermedad mal adquirida o en lance de amores, porque no se pudo matar al contrario: esto es criminal. Morir por sí mismo es ofrecer la propia vida ante los aplausos, la admiración y la gloria de nuestros amigos o adeptos: esto es vano, aunque a veces tenga el valor del bien que se reporta a la sociedad, si es que por algún móvil filantrópico se perdió la vida, si es que no fué por puro fanatismo. Morir por Dios es morir por convicción profundísima de la más sincera fe; es morir con los ojos fijos en el cielo que se espera; es entregarse a la muerte por puro amor de Dios, por defender la divina gloria, por la salvación de los prójimos, ya en los hospitales o en los campos de batalla, como la Hermana de la Caridad, ya entre paganos como los mártires de la China o del Japón, ya entre las garras de las turbas azuzadas calumniosamente, como murieron los religiosos en Madrid en la llamada matanza de frailes, porque se les acusó de haber envenenado las aguas del Lozoya; morir por Dios es negarse a sí mismo, tomar la cruz de Cristo y seguirlo hasta el Calvario; es vender todo cuanto se posee de los bienes de este mundo y darlos a los pobres y seguir al divino Maestro hasta dar la vida por El; es odiarse a sí mismo, aborrecer la propia alma en este mundo para salvarla en el otro; es despreciar los efímeros encantos de esta vida para amar sólo la otra y por ésta sufrir y padecer hasta la muerte; morir, en fin, por Dios es vivir y morir como nuestro glorioso patrón S. Sebastián, con mucha razón esclarecido entre los millones de mártires que la Iglesia venera entre sus héroes, porque él es de los que sacrificaron de hecho riquezas, placeres, honores y hasta la propia vida, y porque es así los ideales sustentados por tales medios, aparecen tan puros, tan sublimes, que es imposible destruirlos, porque jamás habrá fuerzas humanas que falseen tales fundamentos.

Y si no decidme, mis amados hermanos, ¿habrá hombre o muchedumbre que no se postre admirado ante la colosal figura de nuestro santo?

Sólo con decir que Sebastián era de los caballeros romanos más distinguidos de su tiempo bastara para demostrar nuestra tesis. Era el jefe de la primera compañía de la guardia del emperador Diocleciano ¿qué le podía faltar de las cosas de la tierra? Riquezas, honores, placeres, todo en su mano, todo lo pierde por propia y libérrima voluntad. Y para que más resalte esta generosa donación de la propia vida, el que es el primero en las guardias de Emperador lo era también en las cárceles socorriendo y alentando el espíritu de los cristianos que, por el hecho de serlo, eran condenados a la muerte, y así sostiene y defiende de las sugerencias de los propios padres y parientes a cristianos encarcelados que estaban a punto de renegar de su fe y convierte a los mismos jueces y a familias enteras con sus numerosos esclavos.

Y ahora decidme, mis amados hermanos, el que así obraba, sabiendo que el emperador había decretado una de las más fieras persecuciones en contra de los cristianos ¿tendría temor acaso de perder sus riquezas y sus honores y hasta la propia vida? Nada ciertamente temía el gran soldado romano ante el ansia de ayudar a los que morían por Cristo para salvar sus almas; la gloria del Rey divino era superior a todo otro interés en el alma generosa de Sebastián, y por eso no escucha las amorosas instancias de los cristianos que le instan para que se aleje de aquel foco de muerte que hacía arder con más violencia cada día el emperador Diocleciano; pero el santo campeón de los soldados intrépidos de la Iglesia no se deja sugerir por